

EL DESIERTO EN CASA

---UN CAMINO CUARESMAL---



Existe una tradición en el libro del Éxodo, escondida entrelíneas de los textos que han dominado la redacción del libro, que habla de la salida de Egipto como una expulsión del pueblo de Israel de la tierra de Egipto al desierto. Me gustaría utilizarla para reflexionar sobre el sentido que podemos dar a la cuaresma este año.

La razón es que antes de que pensemos en la imagen del desierto como un lugar donde ir para encontrar lo esencial de nosotros mismos, este nos ha invadido en múltiples formas, dejando nuestras vidas llenas de pobreza, dolor, incertidumbre... en una situación cuaresmal existencial. Es como si el COVID nos hubiera expulsado al desierto metiendo las arenas del desierto en nuestra propia casa obligándonos a atravesar a todos, de diferentes maneras, pero a todos, una estepa existencial que requiere fuerza y confianza.

En esta perspectiva la cuaresma litúrgica puede ser una invitación a reconocer los gestos, situaciones, realidades con los que Dios acompañó al pueblo de Israel e identificar con él los lugares de su presencia alentadora entre nosotros.

Comentaré en sucesivas entregas algunas de estos gestos, situaciones, realidades con indicaciones para hacer oración y recibir la confianza y fortaleza de Dios que pueda llevarnos a una tierra nueva y fecunda.



I

EL DESIERTO EN CASA

Estamos en el desierto y no hay marcha atrás.

Así se vio Israel, en el desierto y sin marcha atrás. No podía volver a su antigua situación y lo que veía en su presente era un camino difícil que no mostraba apenas indicadores de vida.

Puedes contemplar la imagen y explicitar ante el Señor tu situación concreta. Tus pérdidas, tus miedos, tus inseguridades, tu malestar, tu enfado con la situación... y ponerla en sus manos, como si quisieras que el Señor la

conociera de primera mano, por tu boca. Hazlo con confianza incluso si tienes que mostrarle por momentos tu rabia.

Termina recitando el salmo 77 despacio, recordando que Israel fue conducido y salvado finalmente por Dios:

Alzo mi voz a Dios gritando, alzo mi voz a Dios para que me oiga.
En mi angustia busco a Dios; de noche extendiendo las manos sin descanso,
y mi alma rehúsa el consuelo.
Cuando me acuerdo de Dios gimo, y meditando me siento desfallecer.
Sujetas los párpados de mis ojos, y la agitación no me deja hablar.
Repaso los días antiguos, recuerdo los años remotos;
de noche lo pienso en mis adentros, y meditándolo me pregunto:
«¿Es que el Señor nos rechaza para siempre y ya no volverá a favorecernos?
¿Se ha agotado ya su misericordia, se ha terminado para siempre su promesa?
¿Es que Dios se ha olvidado de su bondad, ¡o la cólera cierra sus entrañas?». Y me digo: «¡Qué pena la mía! ¡Se ha cambiado la diestra del Altísimo!».
Recuerdo las proezas del Señor; sí, recuerdo tus antiguos portentos,
medito todas tus obras y considero tus hazañas.
Dios mío, tus caminos son santos: ¿Qué dios es grande como nuestro Dios?
Tú, oh Dios, haciendo maravillas, mostraste tu poder a los pueblos;
con tu brazo rescataste a tu pueblo, a los hijos de Jacob y de José.
Te vio el mar, oh Dios, te vio el mar y tembló,
los abismos se estremecieron. Las nubes descargaban sus aguas,
retumbaban los nubarrones, tus saetas zigzagueaban.
Rodaba el estruendo de tu trueno, los relámpagos deslumbraban el orbe,
la tierra retembló estremecida. Tú te abriste camino por las aguas,
un vado por las aguas caudalosas, y no quedaba rastro de tus huellas.
Mientras guiabas a tu pueblo, como a un rebaño, por la mano de Moisés y de Aarón.
Mientras guiabas a tu pueblo...
Mientras guiabas a tu pueblo...
Mientras guiabas a tu pueblo...



II

EL DESIERTO EN CASA

Caminar juntos, a pesar de ser distintos

En el desierto los israelitas caminan como pueblo. Todos han sido arrojados al desierto, todos sienten la misma sed y el mismo miedo, todos tienen la misma esperanza de una tierra nueva. Se miran unos a otros y pueden ver el mismo barro anhelante de vida. Por muy distintos que sean pertenecen al mismo pueblo arrojados a esa “tierra poblada de aullidos”.

El paso por el desierto es una oportunidad única para reconocernos miembros de una misma humanidad necesitada de comprensión, ayuda y esperanza; para aprender a caminar juntos compartiendo la vida. Aunque es verdad que en el desierto la tentación del “sálvese quien pueda” se hace más fuerte.

Venir al desierto que se nos ha metido en casa en este tiempo de cuaresma significa preguntarnos si nos ha servido para acercarnos más a los demás o para preocuparnos solo de nosotros mismos.

En el salmo 103 un creyente bendice al Señor que “es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia; no está siempre acusando ni guarda rencor perpetuo; no nos trata como merecen nuestros pecados **porque se acuerda de que somos de barro**”.

Qué grande si el desierto que estamos atravesando fuéramos aprendiendo a comprender a los demás al sentir nuestro propio barro, y finalmente pudieran decir juntos: Bendigamos juntos al Señor que acompañando el camino de nuestros desiertos nos enseñó el camino de la ternura y la compasión.



III

EL DESIERTO EN CASA

Las fuentes de la vida en el desierto

La sed cayó sobre los israelitas casi inmediatamente después de terminar la celebración de la liberación, justo cuando la vida parecía ya a salvo. Por eso podemos decir que la sed es el signo del desierto en el interior del propio cuerpo. Sin embargo, después de los primeros momentos de quejas y depresión, comenzaron a caminar acompañados por una roca-manantial que, afirman los textos, les acompañó durante todo el recorrido.

También nosotros, en este desierto que hemos y estamos viviendo, seguramente hayamos encontrado pequeñas fuentes de sentido, de aliento, de fuerza, de vitalidad... Pequeñas fuentes que nos han acompañado y ayudado a no dejar que la sed de vida normal, cálida, buena... que no teníamos nos tragara. Pequeñas fuentes que han sido personas, acciones, realidades que, aunque las teníamos a mano, no valorábamos y agradecíamos de forma significativa.

Para los cristianos, todo lo que alienta y sostiene la vida procede de un mismo manantial del que continuamente nacemos y en el que continuamente nos sostenemos, pues hemos sido creados en Cristo y de él proviene la vida que tenemos de continuo (Col 1, 15-17). Y esto es lo que Pablo comenta a los corintios cuando les dice: nuestros padres en el desierto “bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que los seguía; y la roca era Cristo” (1Cor 10, 4).

Por eso en esta cuaresma, podríamos dedicar algo del tiempo de nuestra oración a *reconocer* estas personas-fuente, estas acciones-fuente, estas realidades-fuente que nos han acompañado y lo hacen aún en este desierto. Y luego *dar gracias* viendo en ellas la compañía de Cristo. Quizá como los de Emaús no le hemos reconocido en esos o eso que nos acompañaba y alentaba, pero allí estaba. Demos gracias a Dios.



VI EL DESIERTO EN CASA Entregarse a los ídolos

No es fácil resistir en el desierto, resistir caminando con una vida limitada, con una vida venida a menos. Y por eso es fácil dejarse engañar por aquellos que nos ofrecen algo de gozo o de dominio inmediato sobre la vida.

Por más que solo sea un instante nos sentimos dueños de nosotros mismos, al abrigo de las arenas de la debilidad, la tristeza, la pequeñez que parece anularnos.

Estas voces pertenecen a ídolos que nos roban el alma al precio de llenar la vida con pequeños instantes que nos hacen olvidar la verdad de las cosas, a necesidad de aceptar el peso de la vida: los momentos de aburrimiento, el peso de la impotencia, la angustia de la soledad.

Estos ídolos tienen muchas formas, pero todas tienen en común que nos entretienen haciéndonos olvidar que el valor de la vida no consiste en que sea siempre poderosa o agradable, sino en que camine dando de sí lo mejor que la habita. Los ídolos quieren que olvidemos que nuestra vida debe medirse no por los instantes puntuales, sino por aquella tierra que Dios ha sembrado en nuestro corazón a la que hay que llegar con las risas, pero también con los llantos; con el poder, pero también con nuestras pobreza; con las energías que nos habitan, pero también haciendo de nuestra impotencia una súplica confiada.

Dios no nos engaña, el futuro es nuestro, pero hay que atravesar el desierto. Hay que sospechar de quien nos venda una vida sin desiertos que solo nos encontrará finalmente la cáscara vacía de nosotros mismos.



V

EL DESIERTO EN CASA

Un desierto siempre más amplio

A veces los desiertos que se nos vienen encima son pasajeros y el tiempo, la ayuda de los demás y nuestra voluntad puede con ellos. Y allí podemos ver a Dios, en la presencia de nuestros samaritanos y en la fuerza de nuestra voluntad. Sin embargo, otros parecen no terminar nunca, como si nos fueran a acompañar hasta el final. De hecho, el desierto de Israel duró una generación, y ninguno de los que salió de Egipto entró en la tierra prometida.

Este dato parece advertirnos que, en determinadas ocasiones, vamos a encontrar en nosotros desiertos que no necesitan de fuerza de voluntad, sino de humildad para reconocernos frágiles vasijas de barro, como decía Pablo. A veces se tratará de una enfermedad crónica, otras de una situación irresoluble que nos acompaña, otras de algún pecado que nos vence de continuo... En esas situaciones lo que primero aparece en nuestro corazón es la queja e incluso el resentimiento.

Sin embargo, el camino en estas situaciones desérticas es confiar en que mientras caminamos por ellas podemos acompañarnos mutuamente y ofrecemos fragmentos de vida buena, bella, amable... y disfrutarla. Y también confiar humildemente en que quien nos puso en camino hacia la vida plena finalmente abrirá las puertas de la tierra prometida que dejó grabada en nuestro corazón.

Un ejercicio sencillo para hacer en estos días es coger un rosario y repetir, unidos a toda la humanidad, dando vueltas a las cuentas: *Señor, mira nuestra fragilidad y nuestro pecado y ten misericordia de nosotros.*



VI

EL DESIERTO EN CASA

El horizonte

Uno de los pasajes más difíciles de entender de la Biblia es la negativa de Dios a dejar entrar a Moisés en la tierra prometida. Cuando ya está a tiro de piedra Moisés sube al monte Nebo y desde allí contempla la tierra prometida que Dios va a dar a su pueblo, pero allí muere.

Para mí esta subida no es sino el movimiento de oración de Moisés que le hace comprender, en cada paso que ha dado por el desierto, la verdad de la palabra que les ha guiado. Es en la oración, en la intimidad que se eleva al cielo (en el monte) donde puede ver esta tierra cuando el pueblo no la ve. Se trata de un don de Dios, que podemos ver en nosotros también. Se trata de hacernos creer en su promesa, de hacernos saber que el futuro que promete al camino de nuestra vida es real, aunque no lo podamos recibir nunca del todo en esta vida, y de darnos fuerzas para avanzar hacia él. De esta manera, cuándo cultivamos la oración el Señor nos hace saber, como a Moisés, que el esfuerzo de nuestro camino no es en vano, que

la puerta que nosotros no podemos atravesar nunca para entrar en una casa sin desiertos Él mismo la abrirá un día.

Mucho tiempo después, Pedro, Santiago y Juan contemplarán a Moisés envuelto en la luz de Cristo trasfigurado, acogido en la tierra de luz y vida que es Cristo mismo para todos. Así pues, quizá Dios nos pida, a los que hemos recibido el don de la fe que lo cultivemos en la oración para que, poco a poco, pueda convencer a nuestro corazón del futuro eterno que tienen los caminos que nos invita a recorrer. Quizá así, incluso sufriendo los mismos desiertos que todos, podamos convertirnos en compañeros de esperanza para los que nos rodean.